

1

Una sepultada en vida y una mujer perdida.

Ya hace dos meses que mi madre adoptiva, mi única amiga y protectora, murió. Era apenas una niña cuando, huérfana de padre y madre, fui recogida y adoptada por ella; desde entonces —han pasado más de quince años—, siempre vivimos juntas.

La funesta noticia ya se ha propagado por todo el círculo de sus conocidos; y, terminadas desde hace tiempo las visitas casuales de algún desinformado que durante los primeros días aún venía a buscarla, nadie sube ya a este viejo piso, en el que me he quedado sola. No había transcurrido más de una semana del entierro cuando también nuestra única criada, empleada desde hacía poco, se despidió con una excusa cualquiera, poco dispuesta a aguantar, imagino, el desierto y el silencio de nuestras paredes, antes acostumbradas a la mundanidad y al ruido. Y yo, aunque la herencia de mi protectora me permita vivir con cierta holgura, no deseo disponer de nuevo personal. Así que, desde hace varias semanas, vivo encerrada aquí dentro, sin ver un alma viviente, excepto a la portera, encargada de traerme la compra, y a mí misma, reflejada en los numerosos espejos de mi morada.

Algunas veces, mientras deambulo por las habitaciones sin nada que hacer, mi reflejo sale al paso a traición; me sobresalto al

ver moverse una figura en estas fúnebres aguas solitarias y luego, cuando me reconozco, permanezco inmóvil observándome, como si contemplase una medusa. Miro a la grácil, nerviosa persona arrebuada en el vestido rojizo de siempre —no me preocupo por llevar luto—, las trenzas negras que coronan su cabeza recogidas en un peinado anticuado y negligente, el rostro consumido, de piel un punto oscura, y los ojos grandes y ardientes, como esperando siempre hechizos y apariciones. Y me pregunto: «¿Quién es esta mujer? ¿Quién es esta Elisa?». A menudo, como solía hacer de niña, aparto la vista del espejo, con la esperanza de verme reflejada de nuevo completamente diferente en cuanto lo vuelva a mirar; porque, desaparecida mi segunda madre, la única que tuvo a bien alabarme, e incluso juzgarme guapa, vuelve a surgir en mí, con más fuerza cada día, la antigua aversión por mi propia figura.

Sin embargo, tengo que reconocer que esta figura familiar, aunque poco agradable, no tiene una apariencia disoluta o deshonesta. El fuego de sus ojos negros como los de una mulata no tiene nada de sensual; a veces, posee la vivacidad inquieta que puede reconocerse en los ojos de un chico rebelde, y otras, la mística determinación de los contemplativos. Esta desangelada criatura llamada Elisa puede parecer en algunos momentos una niña vieja y en otros una niña malcriada; pero es innegable que en todos y cada uno de sus rasgos denota timidez, soledad y orgullosa castidad.

Ahora bien, un visitante desconocido que entrase en esta casa notaría seguramente, no sin asombro, un curioso contraste entre mi persona y mi morada. Me ahorro el describirles este muestrario del pésimo gusto y de la vergüenza; estos muebles apretuja-

dos, chabacanas y vulgares imitaciones de los estilos más variados; y la tapicería chillona y sucia, los cojines, las figuritas pretenciosas y las baratijas; las fotografías retocadas con acuarela y negras de polvo, a menudo acompañadas de dedicatorias pueriles; y los grabados y estatuillas cuyas figuras y poses son, a menudo, como para ruborizar a cualquier persona decente que pusiera en ellas su mirada —en el caso inverosímil de que una persona de esta suerte se dejara caer por aquí—. La verdad es que la difunta propietaria y decoradora de esta casa no parecía preocuparse mínimamente de ocultar, sino más bien ostentaba, su vida desvergonzada y proclamaba a los cuatro vientos, por todas sus habitaciones, el haber sido lo que por aquí llaman una *mala femmina*. Tal fue, en verdad, mi segunda madre; tal fue desde su primera juventud y hasta su muerte, que la sorprendió en la madurez floreciente de los cuarenta y cuatro años de edad. Y no ignoro, desgraciadamente, que estas cuatro paredes ahora abandonadas y fúnebres fueron testigos, durante los largos años en que ella las habitó, de lo que bastaría para condenar al infierno no a una mujer, sino a mil.

Dicho esto, podría parecer aún más extraño, y casi increíble, que bajo este mismo techo la que escribe esto haya llevado, desde el día en que de niña fue amparada hasta hoy, una existencia apartada y casta como si hubiese vivido en un convento de clausura. Y mi madre adoptiva, aunque a veces no me ahorra sus mofas, benévolas casi siempre, pero en alguna ocasión crudas y brutales, respetó, sin embargo, mis costumbres y no permitió a nadie que las perturbara. A decir verdad, al principio de nuestra vida en común intentó curar mi esquivez y modestia. Casi inmediatamente, no soportando verse rodeada de colores tétricos y

mortecinos, me quitó los vestidos de luto, y, juzgándome demasiado pálida, solía avivarme las mejillas con un poco de colorete. Cambió además mi peinado, soltando mi tupido cabello, que yo llevaba recogido en dos trenzas; compró para mí a los quincallejeros varios anillitos, collares y pasadores falsos, y un par de pendientes también falsos, que solía colgarme por medio de dos hilos de seda, al haberse despreocupado mi madre cuando nací de agujerearme las orejas. Así, tras haberme peinado, acicalado y pintado un poquito, si había visitas me llamaba al salón, para mostrarme a sus amigos. Y yo, por obediencia, acudía presurosa, trémula y muda; parecida, con mi enorme cabellera encrespada, a un animalito de pelaje desmesurado y extremidades diminutas, irrisorias, familiarizado con los climas bárbaros. Las presentes, recuerdo, comentaban entre risas y chanzas mi hosquedad; pero no se ensañaban nunca demasiado conmigo, aun teniendo muchas ganas de hacerlo, ya que conocían muy bien la violencia, e incluso ferocidad, con que mi protectora sabía defender lo que le pertenecía. Sin embargo y no obstante su prudencia, yo me ponía colorada como el fuego con sus bromas; y mis miradas perdidas y tímidas buscaban las de mi protectora, en cuyas faldas me refugiaba temblando de pies a cabeza, como si tuviese fiebre.

Escenas parecidas, repito, podían darse al principio; pero después mi protectora acabó por claudicar ante mi meditación y solitaria índole, y renunció a enderezar mis inclinaciones, que por otra parte eran para ella, mi anfitriona, las menos molestas del mundo. Poco a poco, mis apariciones en sociedad se volvieron cada vez más infrecuentes y fugaces, y los que visitaban la casa dejaron de interesarse por mi persona y por mi existencia prácticamente invisible. Me consideraban, supongo, una chica un poco

loca, inofensiva, que la señora tenía en la casa por un capricho suyo, como otros crían una melancólica lechuza o una tortuga.

Así, de los innumerables personajes que vagaron a mi alrededor en esta casa durante los años allí transcurridos, de sus fiestas, altercados y escenas, y de las señoras de curiosa vestimenta, de mucho gesticular, estrépito y vocerío, me ha quedado en la memoria un cuadro enmarañado, extravagante y convulso, carente de significado alguno. No muy diferente, creo yo, se antojará un teatro con su escenario, sus máscaras y luces, y actores y bailarines, a un monito, o a un perrito, o tal vez a un tímido conejo que, fiel a un guión, tenga que representar un papel de figurante fugaz durante una escena.

Así las cosas, ustedes querrán saber qué circunstancias me llevaron a encontrar refugio entre estas paredes, y a ello responderé en el curso de esta historia. Pero también se preguntarán, imagino, con una pizca de ironía: así pues, ¿cómo es que una chiquilla tan esquivada y virtuosa, pudo, llegada a la edad de la razón, seguir viviendo en la casa de una señora tan indigna y aceptar las ventajas que esta le ofrecía?; y aún más: ¿cómo puede aceptar vivir todavía con un dinero así ganado que le dejó en herencia?

A tales preguntas no puedo dar ninguna respuesta que me justifique. Reconozco mi flaqueza moral pasada y presente, contra la cual ninguna excusa aducida por mí podría valerme el perdón; y no puedo hacer otra cosa que intentar contarla describiendo mi vida y mi carácter. Por otra parte, no ignoro que mi explicación no será desde luego suficiente para obtener la absolución; más bien servirá para confirmar mi condena.

Pues bien, ni espero perdón ni deseo la simpatía de los demás. Solo pretendo ser sincera.

Sin otra finalidad, empezaré por decirles que mi madre adoptiva fue, después de mi verdadera madre, la persona a la que más quise. Mi corazón podría parecerse a aquellos antiguos principados en los que al pueblo se aplicaba una ley diferente que a los grandes; estos eran en cierto modo no solo inmunes al castigo, sino también a la culpa. Y las mismas acciones que para los humildes constituían delito, eran lícitas y justas para ellos.

Es decir, yo nunca tuve que perdonar vicios a las personas que quise porque nunca vi vicio alguno en ellas. A la luz de su sustancia luminosa, como sucede con el fuego, los mismos pecados que odiaba en otras personas perdían su sentido, consumándose en el fervor y la pureza; y la vida del ser querido para mí tenía un altivo esplendor. Así, los delitos de mi protectora perdían su significado delictivo; y no llamaba infamia a sus infamias. Si en un altercado oía a alguien gritarle el nombre que ella desgraciadamente se merecía, yo me ofendía como si fuera una irreverencia; siendo tal mi necedad no maravillaré a nadie que no haya intentado nunca, ni siquiera soñado, una redención, utópica por otra parte, de mi benefactora. Añado que todavía hoy, mientras mi razón me sugiere el exacto juicio acerca de la difunta, continúo, a pesar mío, viéndola bajo el aspecto inocente y radiante en que la vi mientras vivió. Y si afirmo: «Se ha condenado», siento al mismo tiempo una especie de malicioso regocijo; como si mi afirmación fuera una broma, y, secretamente, yo no tuviera ninguna duda de que mi risueña magnífica difunta está en el Paraíso y no puede estar en ningún otro lugar. Esta es, en realidad, la prueba final de mi necedad que viene a añadirse a mis culpas. ¡Pensar que el cielo me sea cómplice!, ¡y pretender que amolde su justicia a mis elecciones y glorifique los afectos de la tonta de Elisa!

Mi protectora, por su parte, también me profesó un tierno afecto que, como más adelante veremos, nació en ella durante un trágico verano de mi infancia y que duró hasta su muerte. En efecto, aun siendo por índole y elección suya —no por maldad de la sociedad o por destino— una aventurera libertina, permanecía fiel y devota a sus verdaderos sentimientos. Esta contradicción era el aspecto más encantador de su carácter; pero, por supuesto, a pesar de su afecto, sus innumerables y complicados pasatiempos le permitían dedicarme solo una pequeña parte de sus días y de su atención.

Durante la niñez, esto me causó un amargo despecho y sufrimiento. Por lo tanto, no puedo afirmar con toda sinceridad no haber aborrecido en la justa medida la disipación de mi querida madre adoptiva; pero lo que odiaba no era la perdición de su alma, sino mis celos.

Estos celos intensificaron mi inclinación a la soledad y en ella encontré una medicina tan eficaz y reconfortante que en los últimos tiempos había llegado, aun amando a mi protectora, a rehuirla a menudo. Prefería su presencia imaginaria, transfigurada y domada por la imaginación según mis deseos, a su presencia carnal.

Y aquí estoy, efectivamente, dispuesta a contarles el motivo más secreto de mi flaqueza moral; que es además, podría asegurarse, la razón que inspira este libro, y los numerosos personajes que en él aparecen.

*Santos, sultanes y grandes capitanes en mi habitación.
Se anuncia al misterioso Alvaro.*

Las pocas habitaciones que hay en nuestro piso dan todas menos una a un largo pasillo que dobla al final, formando un ángulo recto, y acaba en un pequeño cubículo oculto tras una cortina de terciopelo, donde se apilan maletas, viejas lámparas inservibles y otros cachivaches. En este trastero hay una puerta que da a un cuartito que había sido de la criada, pero que me asignaron al llegar aquí, relegándola a ella a la cocina. En aquella época, mi protectora lo embelleció con varios ornamentos que todavía hoy pueden apreciarse: el empapelado azul turquesa y dorado, y la pila de agua bendita —una paloma dorada con las alas extendidas y la cabeza orlada de rayos— que ella misma se encargaba de rellenar asiduamente, lo mismo que hacía con la suya. Desde entonces —ya hace quince años— esta ha sido siempre mi habitación, y lo es aún.

El amasijo de objetos que ocupa el trastero casi obstruye como una barricada la puerta del cuarto, que solo se abre a medias. Esta puerta y la espesa cortina de mi minúsculo vestíbulo atenúan, en gran medida, los ruidos que proceden de las demás habitaciones.

La única ventana del cuartito da a un patio de luces; no al principal de la finca, grande y ruidoso, sino a un patio estrecho, secundario, donde no pasa casi nadie. La finca tiene diez pisos de altura, y en este patio, cercado por cuatro altísimas paredes de cemento, como si fuese una torre desprovista de tejado, el sol nunca entra, a ninguna hora ni en ninguna época del año; en el suelo, entre las piedras salpicadas de desperdicios, brota una hierba amarillenta.

Además de la mía, al patio dan otras pocas ventanas desperdigadas, donde se oye el canto melancólico de una pobre criada de pueblo que de vez en cuando se asoma a sacudir una alfombra, y los domingos cuelga del marco un espejito para mirarse mientras se peina. A veces exponen al aire del patio un verderón enjaulado, huésped de una casa sin sol, cuya cúspide, destapada y casi vertiginosa, atraviesan golondrinas estridentes. De vez en cuando, desde habitaciones lejanas, roncadas voces de gramófono llegan hasta mí.

En este cuartito he consumido casi sepultada la mayor parte del tiempo que he vivido en esta casa. En compañía de mis libros y de mí misma, como un monje meditabundo, ajena a todo lo que sucedía en las habitaciones cercanas, aislada del mundo y sus distracciones, inmune a las frivolidades de las que normalmente no se libran ni siquiera las chiquillas más simples. Pero no hay que creer, por todo ello, que esta habitación solitaria haya sido el refugio de una santa; no, más bien el de una bruja.

Y la verdad es que hoy se me antoja una brujería la rapidez con que ha transcurrido el tiempo que he vivido aquí encerrada: tres lustros enteros han pasado tan deprisa que, si lo pienso, parecen un solo día. Mejor dicho, una sola hora, que el tiempo ha

detenido en una tarde de verano, en la luz blanca sin sol que reverbera en las paredes de cal, pero que dentro, reflejada en el papel de la pared, adquiere una intensa tonalidad eléctrica. Mi único compañero en la habitación es Alvaro, una criatura viviente, sí, pero no humana, y por ahora no quiero decirles nada más de él, ni el qué ni el cómo, y solo revelaré el misterio, como en las novelas policíacas, hacia el final del libro.

Siendo que para el común de los mortales la compañía de un Alvaro cualquiera no cuenta, yo estoy, en una palabra, sola. Oigo de vez en cuando el canto del verderón, al que contesta la pobre pueblerina, y de las habitaciones cercanas me llegan ecos sordos, pero esas voces tampoco cuentan; solo hay silencio a mi alrededor.

En realidad, mi vida —y por vida me refiero a las pruebas, encuentros y vicisitudes que forman la experiencia de cada cual—, mi vida se detiene el día en que, siendo una niña de diez años, entré en esta habitación por primera vez. Seguía convaleciente tras una enfermedad casi mortal, y mi llegada a esta casa fue el epílogo de una serie de aventuras tristes, excesivamente singulares para una chiquilla. El verano estaba llegando a su fin; pero yo, a quien ciertas extraordinarias emociones habían vuelto sensible y retorcida, desplegabá aún todos mis pensamientos, como una bandera contra el viento, hacia la tórrida estación que dejaba atrás, y que había transmutado mi niñez, cambiando mi destino. Todavía hoy, en cierto modo, permanezco estancada en aquel verano de mi infancia; mi alma continuaría dando vueltas y merodeando sin tregua a su alrededor, como un insecto hipnotizado por una luz cegadora.

Fue durante aquel verano cuando me quedé huérfana de padre y madre. La muerte inesperada y rápida, que había sorprendido a ambos cerca de los treinta años, me dejó sola y sin recursos. Ya veremos en su momento las circunstancias de su muerte; ahora puedo decirles solamente que me ató a ellos con mucha más fuerza que si hubieran estado vivos. Además, como consecuencia, sufrí dentro de mí una cruel transformación. Antes de su muerte, había sido una chiquilla sensata, prudente y casi pedante; después, me acometieron espíritus extravagantes y perversos y me rondaron vapores lunares. Aunque tímida y umbría por naturaleza, había sido amiga del prójimo; y me volví una especie de monja eremita, endemoniada y loca.

Este cambio no fue repentino, sino lento y muy amargo, como una enfermedad que te consume. El origen de todo fue la herencia que me dejaron mis padres: una herencia inmaterial, pero fecunda y, si no me engaño, inagotable, puesto que consumiéndola, me consumo a mí misma.

En primer lugar, mis padres me dejaron un enigma. Su muerte había estado precedida por algunas circunstancias que, aun no siendo en verdad ni extraordinarias ni fabulosas para la mentalidad de un adulto, así se le antojaban a una niña. Con el paso de los años, las vicisitudes de mi familia permanecían indescifrables, y ciertos documentos y testimonios que yo había guardado, no solo no lograban explicármelas, sino que las envolvían aún más en el misterio, abonando un terreno fértil para la fantasía. La fugaz aparición de mis padres, que para mí duró lo mismo que mi infancia, fue de naturaleza tan perturbadora que luego mi memoria transformó su drama burgués en una leyenda. Leyenda que, como les sucede a los países sin historia, me apasiona.

La segunda herencia fue un miedo muy peculiar. Hay que tener presente que, por lo general, he sido siempre de las que se enamoran de manera excesiva e incurable, pero jamás correspondida. Mi madre fue el primero y el más grave de mis amores infelices; y, gracias a ella, desde mi temprana infancia, yo conocía las pruebas más amargas destinadas a los amantes despechados. Sin embargo, siempre había hecho frente con valor a todas las pruebas que me deparaba el destino, ya que incluso las más crueles me concedían en cualquier caso una esperanza. Cuando mi madre murió, tuve que enfrentarme a una prueba desconocida hasta entonces: el fin de toda esperanza. Incapaz de creer en la severa indiferencia de los muertos, durante mucho tiempo esperé volver a verla, y confiaba en disfrutar de nuevo de su fría presencia, de su perfidia. Pero nada, ni siquiera el tormento del amor desdichado se me concedía ya; nada, ella me negaba incluso su desdén, huía incluso de mis ilusiones más exiguas, últimas. Esta cruel experiencia, que antes no había siquiera imaginado, hizo de mí la más débil y servil de las criaturas, hasta tal punto que, bien pensado, podría echarme a reír si el hecho no me inspirara algo de piedad. Sufría como una inválida, cuya herida sin cerrar sangraba de nuevo a cada golpe. A la primera punzada de amor que sentía por uno de mis semejantes, se abría ante mí el inmenso paisaje del dolor amoroso, hasta el abismo de la muerte; y este, como si de un feudo se tratase, era la medida del poder del ser amado. A partir de entonces, yo tenía un dueño que podía ejercer sobre mí a su capricho el placer del mando. Recuerdo que durante el primer otoño que siguió a aquel verano crucial, obedecía como una esclava las órdenes de una insípida y petulante colegiala, compañera mía, solo porque a primera vista la había juzgado la más guapa

de la clase. Y recuerdo también que durante ese mismo otoño un día me tropecé por la calle con mi profesor favorito, que, distraído, no se percató de mí; así que lo seguí de cerca un buen trecho, afanándome por mantener su paso, como un pequeño mendigo obstinado, implorando en silencio, con la mirada suplicante, su saludo apresurado.

Pero, como todo el mundo sabe, tener conciencia de un poder ilimitado puede despertar el gusto por la crueldad, incluso en los soberanos menos crueles. La crueldad del prójimo hacia mí era una consecuencia inevitable de mi esclavitud; y yo, por mi parte, me había vuelto tan sensible que bastaba una palabra desconsiderada para hacerme llorar, una pequeña ofensa me hería como una injuria, y llegaba incluso a enfermar si me maltrataban.

Un día que me invitaron a una fiesta de disfraces para niños de mi edad tuvieron que acompañarme a casa llorando, y estaba tan descompuesta que después me dio fiebre. Y todo porque un niño vestido de indio, que no conocía de nada pero que desde el primer momento había preferido a todos los demás por su espléndido disfraz, se había puesto a bailar, casi en el momento en que yo entraba en la sala, entre los brazos de una niña vestida de flamenca.

De ahí a poco, los encuentros más casuales, las conversaciones más insignificantes, se volvieron para mí sucesos dramáticos. De esta manera creció en mi corazón un miedo constante a mis semejantes; o mejor dicho, no precisamente a ellos, sino a las pasiones que suscitaban en mí y a la venganza que habrían ejercido gracias a ellas. Mi tímida aprensión acabó por mostrarme no a la persona real, sino la imagen de su poder sobre mí, y también la de mi sufrimiento. Por ejemplo, como ya les he contado, mi querida madre adoptiva tomó el aspecto cruel de mis celos.